

— En cualquier tiempo que me hagáis esa petición, me hallaréis pronta á satisfacerla.

— ¿ Podré en cualquier tiempo, en cualquier sitio y á cualquiera hora penetrar hasta vos, señora ?

— Os lo prometo.

— Gracias.

— Pero, ¿ bajo qué nombre os presentaréis ? ¿ bajo el de conde de Fénix ?

— No, sino bajo el de José Bálsamo.

— ¿ José Bálsamo !... repitió la condesa, mientras que el misterioso extranjero se perdía en medio de los grupos. ¿ José Bálsamo ! ¿ Está bien ! no lo olvidaré.

## XVI

## Compiègne

Al día siguiente despertó Compiègne ebrio y transportado, ó por mejor decir, Compiègne no se acostó.

Desde la víspera la vanguardia de la casa del rey había dispuesto sus alojamientos en la ciudad, y mientras que los oficiales se enteraban de sus respectivas habitaciones, los notables, de acuerdo con el intendente de palacio, preparaban la ciudad al gran honor que iba á recibir.

Verdes arcos de triunfo formados de ramajes, macetas de rosas y lilas, inscripciones latinas, francesas y alemanas, verso y prosa, ocuparon á la municipalidad todo un día.

Jóvenes vestidas de blanco, según el uso inmemorial, los regidores vestidos de negro, los frailes franciscanos vestidos de gris, el clero adornado con sus hábitos más ricos, y los soldados y oficiales de la guarnición con sus uniformes nuevos, ocuparon sus respectivos puestos, preparados todos á marchar tan pronto como anunciaran la llega de la princesa.

El Delfín, que había partido desde la víspera, llegó de incógnito á las once de la noche con sus dos hermanos. Apenas amaneció montó á caballo sin distinción alguna, como si hubiese sido un simple particular, y acompañado del conde de Provenza y del de



Artois, el uno de quince años de edad y el otro de trece, se puso á galopar en dirección de Ribecour, siguiendo el camino por donde debía venir la Delfina.

Preciso es confesar que tan galante idea no había ocurrido al joven príncipe, sino á su ayo el señor de Lavanguyón, que, enviado desde la víspera por el rey, había recibido de Luis XV el encargo de instruir á su augusto alumno en todos los deberes que le imponían las veinticuatro horas que iban á transcurrir.

Para sostener, pues, en todo su punto el honor de la monarquía, el señor de Lavanguyón había juzgado oportuno hacer seguir al duque de Berry el ejemplo tradicional de los reyes de su dinastía, Enrique IV, Luis XIII, Luis XIV y Luis XV, los cuales habían querido analizar por sí mismos, sin la ilusión del adorno, á sus futuras esposas, menos preparadas en medio del camino á sostener el examen de un esposo.

Llevados por rápidos corceles, anduvieron tres ó cuatro leguas en media hora. El Delfin marchaba serio, y sus dos hermanos risueños. Á las ocho y media estaban de vuelta en la ciudad. El Delfin serio, cómo había salido, el señor de Provenza taciturno, y solo el conde de Artois encantado de una sola cosa: la de hallar á la Delfina tan bella.

El carácter grave, envidioso, insustancial de los tres príncipes se traslucía en la fisonomía de cada uno de ellos.

Las diez sonaban en el reloj de la casa municipal de Compiègne, cuando el vigía vió izar sobre el campanario del pueblo de Claives la bandera blanca que debía desplegarse al descubrir á la Delfina.

Al punto se oyó la campana de aviso, señal á que contestó un cañonazo disparado desde el castillo.

En el mismo momento, como si el rey no hubiera esperado más que ese aviso, subió en Compiègne á su

coche tirado por ocho caballos, seguido por la inmensa multitud de coches de su corte.

Los gendarmes y los dragones abrían al galope aquella multitud impelida por el deseo de ver al rey y de salir á recibir á la Delfina.

Cien coches, tirado cada uno por cuatro caballos, y ocupando casi el espacio de una legua, conducían á cuatrocientas damas y otros tantos señores de la más alta nobleza de Francia. Escollaban á estos cien coches batidores, correos, pajes, lacayos y multitud de criados. Los gentileshombres de la casa del rey iban á caballo y formaban un ejército brillante que deslumbraba en medio del polvo levantado por los cascos de los caballos, como una oleada de terciopelo, de oro, de plumas y de seda.

Hicieron alto por un momento en Compiègne, saliendo después de la ciudad al paso para avanzar hasta el límite convenido, que era una cruz colocada en medio del camino á la altura del pueblo de Magny.

Toda la juventud de Francia rodeaba al Delfin: toda la antigua nobleza acompañaba al rey.

Por su parte, la Delfina, que no había mudado de coche, avanzó con paso calculado hacia el límite convenido.

Reuniéronse al fin las dos comitivas.

Todos los coches quedaron al punto vacíos; apéronse los cortesanos de una y otra parte, y sólo quedaron ocupados dos coches, el uno el del rey y el otro el de la Delfina.

Abrióse la portezuela del coche de la Delfina, y la joven archiduquesa saltó ligeramente á tierra.

La princesa entonces avanzó hacia la portezuela del coche real.

Al ver Luis XV á su nuera hizo abrir la portezuela de su coche y se apeó á su vez con precipitación.



La Delfina había calculado tan acertadamente su marcha, que en el momento de poner el rey el pie en tierra, se hincó de rodillas.

El rey se inclinó, levantó á la joven princesa y la abrazó tiernamente dirigiéndole una mirada que la hizo ruborizar.

— ¡ Señor Delfin! dijo el rey mostrando María Antonieta al duque de Berry, que permanecía detrás de ella, sin que hasta entonces la hubiese visto, á lo menos oficialmente.

La Delfina hizo una graciosa reverencia, que le devolvió el Delfin, ruborizándose á su vez.

Después del Delfin vinieron sus dos hermanos, y detrás de los dos hermanos las tres hijas del rey.

La Delfina halló una palabra afectuosa para cada uno de los dos príncipes y para cada una de las tres princesas.

Á medida que avanzaban estas presentaciones, madama Dubarry, que esperaba con ansiedad, permanecía de pie detrás de las princesas. ¿ Se trataría de ella? ¿ La dejarían olvidada?

Después de la presentación de madama Sofía, la menor de las hijas del rey, hubo una tregua de un instante, durante la cual todas las respiraciones eran anhelosas.

El rey parecía vacilar, y la Delfina hallar algún incidente nuevo de que hubiese sido prevenida de antemano.

El rey dirigió una mirada en torno suyo, y viendo á la condesa á su alcance, la tomó de la mano.

Todos se apartaron al punto, y el rey se halló en medio de un círculo con la Delfina.

— La señora condesa Dubarry, dijo, mi mejor amiga.

La Delfina se puso pálida, pero la más ligera sonrisa asomó á sus labios trémulos.

— V. M. es muy feliz, dijo, con tener una amiga tan encantadora, y ya no me admiro del aprecio que puede inspirar.

Todo el mundo se miraba lleno de sorpresa y asombro, pues era evidente que la Delfina seguía las instrucciones de la corte de Austria, y repetía probablemente las propias palabras dictadas por María Teresa.

Así es que el señor de Choiseul creyó que era necesaria su presencia; pero al adelantarse para ser también presentado, hizo el rey una seña con la cabeza, batieron marcha los tambores, sonaron las trompetas y retumbaron los cañonazos.

El rey cogió á la joven princesa de la mano para llevarla á su coche, y conducida de este modo, pasó por delante del señor de Choiseul. ¿ Le vió ella ó no le vió? es imposible decirlo; pero lo que hubo de cierto fué que no hizo ella ni con la mano ni con la cabeza seña alguna que se pareciera á una salutación.

En el momento en que la princesa entró en el coche del rey, oyóse el repique de las campanas de la ciudad que sobresalía sobre todo aquel ruido solemne.

Madama Dubarry subió radiante á su coche.

Hubo entonces una parada de diez minutos, durante los cuales volvió á subir el rey á su coche, y tomó el camino de Compiègne.

Durante este tiempo, todas las voces, comprimidas por el respeto ó la emoción, estallaron en un zumbido general.

Dubarry se aproximó á la portezuela del coche de su hermana; ésta le recibió con el rostro risueño, pues esperaba todas sus felicitaciones.

— ¿ Sabes, Juana, le dijo mostrándole con el dedo un caballero que hablaba á uno de los coches de la



comitiva de la Delfina, sabes quién es ese joven?

— No, dijo la condesa; pero, ¿sabes lo que ha contestado la Delfina cuando el rey me presentó á ella?

— No se trata de eso. Ese joven es el señor Felipe de Taverney.

— ¿El que te dió la estocada?

— El mismo. ¿Y sabes quién es esa admirable criatura con quien está hablando?

— ¿Esa joven tan pálida y tan majestuosa?

— Sí, á quien el rey mira en este momento, y cuyo nombre, según todas las probabilidades, pregunta á la Delfina.

— ¿Y qué?

— Que es la hermana.

— ¡Ah! exclamó madama Dubarry.

— Escucha, Juana, no sé porqué, pero me parece que debes desconfiar tú tanto de la hermana como yo del hermano.

— ¿Estás loco?

— Soy prudente. De todos modos, tendré cuidado con el mozo.

— Y yo no perderé de vista á la niña.

— ¡Chit! dijo Juan; ahí viene nuestro amigo el duque de Richelieu.

En efecto, el duque se aproximaba meneando la cabeza.

— ¿Qué tenéis, mi querido duque? preguntó la condesa con encantadora sonrisa; parece que estáis disgustado.

— Condesa, dijo el duque, ¿no os parece que estamos todos muy graves, y hasta tristes, para circunstancias tan alegres como las en que nos hallamos? En otro tiempo, me acuerdo muy bien, salimos á recibir á una princesa amable y hermosa como ésta, la madre

de monseñor el Duñin, y estábamos más alegres. ¿Sería porque éramos mas jóvenes?

— No, dijo una voz detrás del duque, consiste en que la monarquía era menos vieja.

Todos los que oyeron esta palabra experimentaron como un temblor. El duque se volvió y vió á un viejo gentilhombre de elegante continente, que, con sonrisa misantrópica, le ponía una mano sobre el hombro.

— ¡Dios mío! exclamó el duque. Es el barón de Taverney, condesa, añadió, uno de mis amigos más antiguos, para el cual os pido toda vuestra benevolencia; el barón de Taverney Casa-Roja.

— ¡Es el padre! dijeron á un tiempo Juan y la condesa.

— ¡Al coche, señores! ¡al coche! gritó en aquel momento el mayor de la casa del rey, y que mandaba la escolta.

Los dos viejos gentileshombres hicieron una salutación á la condesa y al vizconde, y se encaminaron al mismo carruaje, contentos ambos de volver á verse después de una ausencia tan larga.

— ¿Quieres que te diga lo que siento, hermana? No me gusta el padre más que los hijos.

— ¡Qué lástima, dijo la condesa, que ese pequeño oso de Gilberto haya desaparecido! porque él nos hubiera dado informes sobre todo eso, puesto que se ha criado en la casa.

— ¡Bah! dijo Juan; ya le encontraremos, ahora que no tenemos que hacer otra cosa.

La conversación fué interrumpida por el movimiento de los coches.

Al día siguiente, después de haber pasado la noche en Compiègne, las dos cortes, ocaso de un siglo y aurora del otro, se encaminaban confundidas hacia Paris, insaciable sima que debía devorarlos á todos.



## XVII

### La protectora y el protegido

Es tiempo de volver á Gilberto, cuya fuga hemos sabido por una exclamación imprudente de su protectora la señorita Chon.

Desde que en el pueblo de La Chaussée había sabido el nombre de su protectora, en los preliminares del duelo de Felipe de Taverney con el vizconde Dubarry, nuestro filósofo se había enfriado mucho en su admiración.

Muchas veces, en Taverney, cuando oculto en medio de una floresta, de un seto de hojaranzos, seguía con ardiente vista á Andrea paseándose con su padre, había oído al barón explicarse categóricamente sobre madama Dubarry. El odio muy interesado del viejo Taverney, cuyos vicios y principios conocemos, había hallado cierta simpatía en el corazón de Gilberto. Esto provenía de que la señorita Andrea no contradecía de ningún modo el mal que el barón decía de madama Dubarry; porque, preciso es que lo digamos, el nombre de madama Dubarry era muy despreciado en Francia. En fin, lo que había hecho entrar á Gilberto en el partido del barón, fué que más de una vez había oído á Nicole exclamar: « ¡ Ah! si yo fuese madama Dubarry!

Todo el tiempo que duró el viaje, Chon estaba demasiado ocupada, y de cosas demasiado serias, para

notar el cambio de humor que el conocimiento de sus compañeros había producido en Gilberto. Llegó, pues, á Versalles, no pensando más que en convertir en mayor bien del vizconde la estocada que le diera Felipe, y que no podía redundar en su mayor honor.

En cuanto á Gilberto, apenas llegó á la capital, si no de Francia, á lo menos de la monarquía francesa, olvidó todo mal pensamiento para entregarse á una franca admiración. Versalles, majestuoso y frío, con sus grandes árboles, cuya mayor parte comenzaban á secarse ó perecer de vejez, llenó á Gilberto de ese sentimiento de religiosa tristeza de que ningún espíritu bien organizado puede prescindir á la vista de las grandes obras elevadas por la perseverancia humana, ó creadas por el poder de la naturaleza.

De esa impresión inusitada en Gilberto, y contra la que en vano se revelaba su innato orgullo, resultó que, en los primeros momentos, la sorpresa y la admiración le hicieron silencioso y dócil. El sentimiento de su miseria é inferioridad le abrumaba. Hallábase muy pobremente vestido al lado de aquellos señores recamados de oro y cordones, muy pequeño al lado de los suizos, muy vacilante cuando tuvo que marchar con sus pesados zapatos claveteados por los pavimentos de mosaico y los apomazados y lustrosos mármoles de las galerías.

Entonces conoció que le era indispensable el socorro de su protectora, para hacer de él alguna cosa, y se aproximó á ella para que viesen bien los guardas que venía en su compañía. Pero esa misma necesidad que había tenido de Chon, fué lo que, con la reflexión que á muy luego le volvió, no le pudo perdonar.

Ya hemos dicho en la primera parte de esta obra, que madama Dubarry habitaba en Versalles un hermoso aposento que en otro tiempo habitara madama



Adelaida. El oro, el mármol, los perfumes, los tapices y los encajes, embriagaron al principio á Gilberto, naturaleza sensual por instinto, espíritu filosófico por voluntad, y sólo después de haber estado allí largo tiempo, de haberse embriagado al principio por la contemplación de tantas maravillas que habían deslumbrado su inteligencia, advirtió por último que él estaba en una pequeña bohardilla colgada de sarga, que le habían servido un caldo, un resto de carnero y un pocillo de crema, y que el lacayo, al servirle, le había dicho con un tono de amo:

— Quédese usted aquí.

Después se había retirado.

Sin embargo, había un pequeño trozo de aquel cuadro que, si bien el más magnífico, tenía aun á Gilberto encantado. Se le había hospedado, como hemos dicho, en una bohardilla; pero desde su ventana veía todo el parque esmaltado de mármol; percibía las aguas cubiertas de aquella costra verdosa que extendía sobre ellas el abandono en que se las había dejado, y más allá las copas de los árboles mugiendo como las olas del Océano, las llanuras matizadas de colores, y los azulados horizontes de las montañas vecinas.

La única cosa en que pensó Gilberto en aquel momento, fué, pues, que estaba hospedado en Versalles, es decir, en el palacio del rey, como los primeros señores de Francia, sin ser un cortesano ni un lacayo, sin ninguna recomendación de nacimiento y ninguna baja de carácter.

Mientras que Gilberto hacía su pequeña comida, que no dejaba de ser muy buena, comparada con las que acostumbraba hacer, y, por postre, miraba por la ventana de su bohardilla. Chon, como se recordará, penetraba en el cuarto de su hermana, le decía muy bajito al oído, que su misión cerca de madama de

Bearn estaba desempeñada, y le anunciaba en alta voz el accidente ocurrido á su hermano en el pueblo de La Chaussée, accidente que, á pesar del ruido que hizo en su nacimiento, hemos visto ir á perderse y morir en el pozo en que tantas otras cosas más importantes debían perderse: la indiferencia del rey.

Gilberto estaba sumido en una de esas meditaciones que tan familiares le eran á la vista de las cosas que excedían la medida de su inteligencia ó de su voluntad, cuando vinieron á advertirle que la señora Chon le invitaba á bajar. Cogió su sombrero, lo cepilló, comparó al soslayo su casaca raída con la nueva del lacayo; y, aunque diciéndose que la de este último era una casaca de lacayo, no dejó de bajar avergonzado de hallarse tan poco en armonía con los honores con quienes tropezaba y con las cosas que se presentaban á sus ojos.

Chon descendía al patio al mismo tiempo que Gilberto, sólo que ella descendía por la escalera principal, y él por una especie de escalera excusada.

Estaba aguardando un coche, que era una especie de faetón bajo con cuatro asientos, casi semejante al pequeño coche histórico en que el gran rey paseaba á la vez á madama de Montespán, á madama de Fontagnes, y aun muchas veces á la reina.

Chon subió y se instaló en la primera banqueta, con un abultado cofre y un perrito. Los otros dos asientos estaban destinados á Gilberto y á una especie de intendente llamado señor Grange.

Gilberto se apresuró á colocarse detrás de Chon para conservar su rango. El intendente, sin oponer reparo alguno y hasta sin pensar en ello, tomó asiento detrás del cofre y del perro.

Como la señorita Chon, semejante en el espíritu y el corazón á todo lo que habitaba en Versalles, se si-



tiese contenta con dejar el gran palacio para respirar el aire de los bosques y los prados, se hizo comunicativa, y no bien había salido de la ciudad cuando, medio volviéndose:

— Y bien, dijo; ¿cómo os halláis en Versalles, señor filósofo?

— Muy bien, señora, pero ¿lo dejamos ya?

— Sí; esta vez vamos á *nuestra casa*.

— Es decir, á *vuestra casa*, repuso Gilberto con el tono de un oso que se humaniza.

— Eso quería decir: Os presentaré á mi hermana, procurad caerle en gracia, que es por lo que actualmente se afanan los mayores señores de Francia. A propósito, señor Grange; mandaréis hacer un vestido completo á este joven.

Gilberto se ruborizó hasta las orejas.

— ¿Qué vestido, señora? preguntó el intendente; ¿la librea ordinaria?

Gilberto dió un brinco sobre su banqueta.

— ¡La librea! exclamó lanzando al intendente una mirada feroz.

Chon se echó á reír.

— No, no; mandaréis hacer... Ya os lo diré; pues tengo una idea que quiero comunicar á mi hermana. Tened solamente cuidado de que ese vestido esté corriente al mismo tiempo que el de Zamora.

— Bien, señora.

— ¿Conocéis á Zamora? preguntó Chon á Gilberto, á quien todo este diálogo ponía muy huraño.

— No, señora, respondió; no tengo ese honor.

— Es un compañerito que tendréis, y que va á ser gobernador del castillo de Luciennes. Hacedos su amigo, pues, á pesar de su color, es una excelente criatura en el fondo.

Gilberto estuvo á punto de preguntar de qué color

era Zamora, pero se acordó de la moral que Chon le había enseñado á propósito de la curiosidad, y se contuvo por miedo á una segunda mercurial.

— Trataré de eso, se contentó con decir con una sonrisa llena de dignidad.

Llegaron á Luciennes. El filósofo todo lo había visto: el camino plantado recientemente de árboles, sus sombríos cerros, el gran acueducto que parece una obra romana, los bosques de castaños de espeso follaje, y, en fin, ese magnífico golpe de vista de las llanuras y los bosques que, en su fuga hacia Maisons, acompañan las dos orillas del Sena.

— ¿Conque es este el pabellón, dijo para sí Gilberto, que tanto dinero ha costado á la Francia, según dice el barón de Taverney!

Perros gozosos, criados solícitos acudieron á saludar á Chon, é interrumpieron á Gilberto en medio de sus reflexiones aristocrático-filosóficas.

— ¿Ha llegado mi hermana? preguntó Chon.

— No, señora, pero la están esperando.

— ¿Quién la espera?

— El canceller, el subdelegado de policía y el señor duque de Aiguillon.

— Bien, vaya usted pronto á abrirme el gabinete de China, porque quiero ser la primera en ver á mi hermana. Dígale usted que la espero allí, ¿oye usted? ¡Hola, Silvia! continuó Chon dirigiéndose á una especie de doncella que acababa de apoderarse del cofre y del perro. Dé usted el cofre y Misapouf al señor Grange, y lléveme usted este pequeño filósofo adonde está Zamora.

Silvia miró en torno suyo examinando sin duda de qué especie de animal quería hablar Chon; pero habiéndose detenido al mismo tiempo sobre Gilberto



sus miradas y las de su ama, Chon le hizo seña que hablaba de aquel joven.

— Venga usted, dijo Silvia.

Gilberto, cada vez más admirado, siguió á la doncella, mientras que Chon, ligera como un pájaro, desaparecía por una de las puertas laterales del pabellón.

Sin el tono imperativo con que Chon le había hablado, Gilberto habría tomado á la señorita Silvia por una gran señora más bien que por una doncella, pues en su traje se parecía mucho más á Andrea que á Nicole. Silvia cogió á Gilberto de la mano dirigiéndole una graciosa sonrisa, porque las palabras de Chon indicaban hacia el recién venido, si no afecto, á lo menos capricho.

La señorita Silvia era alta y hermosa, tenía ojos azules oscuros, color blanco, con algunas ligeras pecas, y magníficos cabellos rubios. Su boca fresca y fina, sus blancos dientes, su brazo regordete, hicieron en Gilberto una de esas impresiones sensuales de que tan susceptible era, y que le recordaban con un dulce estremecimiento aquella luna de miel de que había hablado Nicole.

Las mujeres perciben siempre esas cosas; por consiguiente la señorita Silvia las percibió, y dijo sonriendo:

— ¿Cómo se llama usted, caballero?

— Gilberto, señorita, respondió nuestro joven con una voz bastante dulce.

— Y bien, señor Gilberto, venga usted á hacer conocimiento con el señor Zamora.

— ¿Con el gobernador del castillo de Luciennes?

— Sí, con el gobernador.

Gilberto estiró sus brazos, limpió su casaca con una manga, y pasó un pañuelo de narices por las manos.

En realidad estaba bastante intimidado de presentarse delante de un personaje tan importante, pero recordaba estas palabras: Zamora es una excelente criatura, y estas palabras le tranquilizaban.

Era ya amigo de una condesa y de un vizconde, é iba á serlo de un gobernador.

— ¡Eh! pensó. Me parece que calumnian á la corte, en donde tan fácilmente se adquieren amigos. Estas gentes son hospitalarias y buenas, á lo que veo.

Silvia abrió la puerta de una antecámara que parecía más bien un retrete; las hojas eran de concha incrustadas de cobre sobredorado. Hubiérase dicho que era el Atrium de Lúculo, si no fuera que en casa del antiguo romano las incrustaciones eran de oro puro.

Allí, en un inmenso sillón cubierto de almohadones, reposaba, con las piernas cruzadas y mascullando pastillas de chocolate, el señor Zamora á quien nosotros conocemos, pero á quien Gilberto no conocía.

Así, el efecto que le produjo la aparición del futuro gobernador de Luciennes, se pintó de una manera bastante curiosa en el rostro del filósofo.

— ¡Oh! exclamó, contemplando con asombro aquella extraña figura, pues era la primera vez que veía un negro. ¡Oh! ¡oh! ¿qué viene á ser éste?

— Éste, respondió Silvia, es el señor Zamora.

— ¿Él? respondió Gilberto estupefacto.

— Sin duda, dijo Silvia riendo sin poderlo remediar, al ver el sesgo que tomaba aquella escena.

— ¿El gobernador? continuó Gilberto, ¿ese monote gobernador del castillo de Luciennes? Vamos, señorita, usted se burla de mí.

A este apóstrofe se enderezó Zamora enseñando sus blancos dientes.

— Yo gobernador, dijo, yo no monote.

Gilberto dirigió á Zamora y á Silvia una mirada que



se hizo iracunda al ver á la joven soltar una carcajada á pesar de los esfuerzos que hacia para contenerse.

Zamora, grave é impasible como un ídolo indio, metió sus negras garras en el saco, y volvió á mascullar pastillas.

En aquel momento se abrió la puerta, y entró el señor Grange acompañado de un sastre.

— Aquí tiene usted, dijo señalando á Gilberto, la persona para quien es el vestido. Tome usted la medida según se lo he explicado.

Gilberto presentó maquinalmente los brazos y espalda, mientras que Silvia y el señor Grange hablaban en el interior del cuarto, y que la primera reía á más no poder á cada palabra que le decía el intendente.

— ¡ Ah ! va á ser divertido, dijo la señorita Silvia ; ¿ y llevará el sombrero puntiagudo como Sganarelle ?

Gilberto no aguardó la respuesta, rechazó bruscamente al sastre, y no quiso de ningún modo prestarse al resto de la ceremonia. No conocía al señor de Sganarelle ; pero su nombre, y con especialidad las carcajadas de Silvia, le indicaban que debía ser un personaje eminentemente ridículo.

— Está muy bien, dijo el intendente, no le violente usted, pues ya sabe usted lo bastante, ¿ no es así ?

— Ciertamente, respondió el sastre. Además, en esta clase de vestidos nunca es perjudicial ser holgados. Se lo haré bien ancho.

Y con esto, se alejaron Silvia, el intendente y el sastre, dejando á Gilberto mana á mano con el negrito, quien seguía mascullando sus pastillas y girando sus blancos ojos.

¡ Cuántos enigmas para el pobre provinciano ! ¡ Cuántos temores, y sobre todo cuántas angustias para el filósofo que veía ó creía ver su dignidad de hombre

más claramente comprometida aun en Luciennés que en Taverney !

Sin embargo, trató de hablar á Zamora, pues le había ocurrido la idea de que tal vez sería algún príncipe indio, como los que había visto en las novelas de M. Crebillón hijo.

Peró el príncipe indio, en lugar de responderle, se fué delante de cada espejo á mirar su magnífico traje como hace una novia con el suyo de boda, y luego, poniéndose á horcajadas en una silla de rodajas á la que impelió con sus pies, dió diez vueltas á la antecámara con una velocidad que probaba el profundo estudio que había hecho de aquel ingenioso ejercicio.

De repente sonó una campanilla. Zamora saltó de su silla, la dejó en aquel mismo sitio, y se lanzó por una de las puertas de la antecámara en dirección del sonido de la campanilla.

Aquella prontitud en obedecer á un timbre argentino acabó de convencer á Gilberto de que Zamora no era un príncipe.

Gilberto tuvo un instante deseo de salir por la misma puerta que Zamora, pero al llegar al extremo del pasillo que daba al salón, vió tantos cordones azules y encarnados, guardados todos por lacayos tan descarados y bulliciosos, que sintió correr por sus venas un calor frío, y volvió á su antecámara con la frente bañada de sudor.

Trascurrió así una hora ; Zamora no volvía, Silvia seguía ausente, y Gilberto ansiaba hallarse con un rostro humano cualquiera, aunque fuese el del espantoso sastre que iba á instrumentar la farsa desconocida de que él se veía amenazado.

Al cabo de esta hora, se abrió de nuevo la puerta por donde él había entrado, se presentó un lacayo y le dijo :

— ¡ Venga usted !